

## IX.

Hemos concluido; pero lancemos la última mirada sobre el bosquejo que acabamos de trazar. Allí está el áspero camino recorrido por la humanidad, y se presenta á nuestra mente, en melancólicos mirajes de oscuras lontananzas, la peregrinación sublime efectuada con afán de gente en gente. Entrevemos primeramente velado por la sombra de los siglos, al hombre primitivo, apareciendo desnudo, tímido en el escenario de la vida, sobre una tierra estremecida todavía por los cataclismos de la creación. Alimentado primero por los vegetales, se hace después cazador para satisfacer su hambre, armándose al efecto con la flecha y cubriéndose con la piel de la fiera, que cae al golpe de sus armas. Y lo divisamos más tarde docilitando, apacientando el rebaño, que le asegura la ración humilde; y después vestido con el vellón de la oveja, fabricando la casa, labrando con afán la tierra. Forma, por último, la pacífica tribu agrícola, que acosada por la guerrera, al fin

se vé obligada á unirse con las vecinas para erigir con semejante unión la embrionaria Ciudad, donde se verifica la división y el cambio del trabajo entre los hombres; progreso importante que sirve de piedra angular á progresos inmensos, porque en la Ciudad, nace la industria y el arte, dá sus primeros vacilantes pasos el hombre en la vida pública donde se busca el bien procomunal; y en tal compleja población, á virtud del cambio, pueden vivir, sin ocupar todo su tiempo en el combate por la vida, algunos seres, que al tener descansos, dedican el ocio del cuerpo á la divina labor del pensamiento, que había de ser el luminar que sirviera de faro á las sociedades.

Miramos en confusa lejanía á la India Oriental, y allí al sacerdote recogido, meditabundo, entregado á la abstracción, y advertimos que llega por sus aptitudes intelectuales á formar la primera clase social de esa Nación, donde se desarrollan entre los pueblos que la forman, las manifestaciones de la vida, encerradas primero en la tribu y luego en la Ciudad aislada; y contemplamos á ese sacerdote indio que petrifica después aquel estado de cosas por siglos y siglos, una vez que, sentado en el solio del poder, le bastaba lo por él alcanzado, para conservar su denominador prestigio.

Aparece en esbozo á poco el cuadro del Egipto, recorrido por el pródigo Nilo, que ofrece abundancias por donde pasan sus bullidoras linfas, entonando con sus murmullos cántigas divinas: miramos á ese Egipto dando un paso más en los adelantos humanos, gobernado también como la India, por la influencia de la ilustrada clase de sus sacerdotes, que cultivan las matemáticas para medir las tierras y el tiempo, para crear la arquitectura, que había de modelar las gigantes pirámides, que al través de los tiempos, vendrían á ver perecer á sus pies las generaciones actuales, para seguir mudas contemplando las del porvenir.

La atrevida caravana del persa con sus camellos, sus caballos de guerra, atravesando el desierto, donde á veces muere al ardiente soplo del huracán, se nos presenta bien luego, en lejana melancólica perspectiva, comunicando á todos los pueblos del Oriente, entre los cuales extiende el comercio, hasta llegar á las costas del Mediterráneo; y ese comercio, maravilloso productor, que cambia las excedencias del uno con lo que al otro falta, que une los productos distintos y los combina para multiplicarlos, deja como un mago, regadas por donde pasa, regias Ciudades como Babilonia, donde se dan cita las razas para efec-

tuar el cambio de las mercancías, como el de los conocimientos y hasta el de la sangre, que para vigorizarse, amorosamente se cruza entre las ignotas gentes.

Luego el audaz, el activo fenicio aparece desprendiéndose de las costas Orientales, sobre las ondas azules del Mediterráneo, que surca en gallarda embarcación de blanca vela, soplada por las brisas; siendo aquella nave el símbolo de las esperanzas de un pueblo activo y entusiasta, que había de atravesar inmensos mares, arrancar sus riquezas á las remotas playas, encontrar el ámbar y el oro, fabricar la moneda, para facilitar el comercio infinitamente, cimentar con ella el ahorro, que había de acumular el capital, que, pudiendo ser legado de padres á hijos, serviría para al través del tiempo rescatar á los pósteros de la miseria; pueblo que al extenderse necesitó de un signo para comunicarse, salvando la distancia, y que urgido por esa necesidad, reformando el pesado geroglífico del Egipto, escribió la letra, que había de retener la palabra, en el papiro, para ser enviada á todas partes y para que, recogiendo todos los conocimientos, viniera á decirnos con verdad á los hombres de hoy, todos los secretos del pasado. Pueblo laborioso que se perfeccionó en las artes conocidas, que aprovechó la fuerza de los

animales domesticados, la de los metales, y que puso al servicio del hombre los elementos, para extenderse en el espacio y en el tiempo, usando de las herencias que le legaran las generaciones que le habían precedido, pues cada una contribuyó con sus conquistas á semejante estado de civilizaci3n.

Grecia, Roma, vienen más tarde al escenario del progreso, y al pasar la mirada por este otro gran período de la vida humana, vemos la risueña Grecia, como á una Diosa entrevelada por la azul bruma trasparente, que levantan al cielo los mares que sus plantas acarician, derramando de sus divinas manos las artes, que encienden en el espíritu humano el amor por lo bello, y cantando con acento rítmico, himnos que llenan la tierra de armonías.

Vemos á Roma guerrera, armada de brillante casco, y ferrea lanza, disciplinando á las razas salvajes, uniendo á los pueblos bajo su dominio, imponiendo el derecho, asimilándose todas las civilizaciones para repartirlas mezcladas en armonioso conjunto sobre sus colonias, que abrazaban el mundo . . . Y luego, tristemente contemplamos decaer el Imperio Romano; y envueltos en el polvo que levantan, con sorpresa vemos á los bárbaros invadir y asolar la Europa, y surgir

como garantía en medio de la destrucci3n general, la cruz del Cristianismo, que convierte á la nueva religi3n á los invasores, quienes acaban por cimentarse en el pa3s, que en feudos se divide, levantando cada cual en su feudo un castillo amurallado que le diera seguridad; y al pié de estos castillos, como al de los conventos de los predicadores cristianos, miramos rodearse á los desvalidos, que fuertes más tarde por el trabajo, hacen renacer las industrias y las artes destruidas; bariendo los castillos de los dominadores, ayudados por los monarcas, precisamente cuando la pólvora se inventa y sirve de rayo al hombre; cuando la imprenta viene á iluminar todas las inteligencias, cuando por las inspiraciones de Col3n, crecía inmensamente el mundo con el descubrimiento de la América, llena de maravillosos tesoros y cuando se ampleaba también inmensamente el cielo, tachonado de nuevos y más espléndidos astros, debido al telescopio de Galileo.

Al soplo ardiente del renacimiento, y con el fomento que imprimieran las riquezas materiales é intelectuales, acumuladas por tantas generaciones y por el contingente abundantísimo del oro americano, en explosi3n de vigorosa nueva vida, se iluminan las bellas artes y radian en manifestaciones espléndidas; se desentierran las olvidadas belle-

zas griegas; la pintura al oleo crea otro mundo, al suave toque de pincel divino, y la arquitectura construye los palacios de mármol, de oro y de cristal.

Y llegamos á la edad moderna, que con la mecánica reproduce y abarata cuanto á la vida del hombre es necesario, y de tal modo, que el hombre comun de hoy, goza de bienes que nunca imaginara el poderoso que viviera en los pasados siglos; época en que la filantropía abre establecimientos de caridad para el menesteroso, en que la instrucción se brinda sin distinción á todos los hombres; en que la libertad, la igualdad y la fraternidad, ofrecidas por el Cristianismo, tienden á ser un hecho, sancionado por las leyes, haciéndose campo en nuestras costumbres, después de quedar en los tiempos pasados ahogadas en la sangre de generaciones anteriores, la esclavitud, la servidumbre y la ignorancia. Llegamos á la edad moderna, en que todo lo bello y bueno de las edades pasadas alienta con más vigorosa vida, que le ofrecen los múltiples elementos del día. Llegamos á la edad moderna en la que en alas del vapor vuela el hombre por los mares y por la tierra, siendo su patria el planeta entero en que se enseño-rea; haciendo que le sirva el rayo para enviar su palabra por todas partes; rayo al que arre-bata su eléctrica luz para alumbrarse con vívidos esplendores cuando el sol se oculta.

¡El vapor, el telégrafo, no léjos estrecha-

rán en amistoso abrazo á todos los pueblos de la tierra, que gozarán así una misma civilización al fin, para bien de la humanidad, que tan áspero camino ha recorrido, para conseguir estos progresos y para seguir siempre adelante . . . !

Hemos concluido; y al compilar, á la evocación del recuerdo, hemos visto levantarse todas las edades del polvo en que yacen; y las hemos visto á cada una, desde la débil primitiva hasta la gigante moderna en que alentamos, ir dejando su costosísima sagrada ofrenda en aras del progeeso humano, que hace al hombre actual el verdadero rey de la creación. Costoso progreso, al cual han contribuido solícitas, anhelantes como hemos contemplado, todas las generaciones por los siglos de los siglos. ¡Benditas mil veces sean!

¡Oh razas muertas! Desvanecidas en la distancia, palidecidas por el tiempo, confundidas en el rudo combate por la vida, os hemos visto enternecidos en el gigante panorama de la historia, iluminadas por los melancólicos fulgores de nuestra gratitud, y hemos oído vuestros acentos solemnes, que nos dicen cuanto habeis luchado y sufrido, para realizar las conquistas que habeis legado á las generaciones actuales y del porvenir.

¡Cómo os debe bendecir cada hombre por el bien que goza y que entre todas fuisteis trabajosamente acumulando; derramando pa-

ra ello vuestra sangre, esforzando vuestro pensamiento, agotando en el trabajo vuestras fuerzas, para caer en tierra, desechas en el bendito polvo que pisamos . . . !

Mañana nuestras cenizas se confundirán con las vuestras, y nuestros hijos nos bendecirán también, ya que hemos cumplido nuestra misión . . . !

Y en tanto, la humanidad sigue su glorioso destino del progreso por el trabajo, hasta divinizarse, hasta llegar al seno del Hacedor, dilatándose en lo infinito y en lo eterno, como debido á sus méritos, se ha extendido hasta hoy en el tiempo, por la historia y la previsión que ella suministra, y en el espacio, por toda la ancha faz de este planeta, que vuela en el gran escenario del Universo, donde lo abrillantan y doran las cascadas de luz que derraman otros astros, y donde lo envuelven los inmensos cortinajes del firmamento, en que suenan las celestes armonías del inmenso himno de la creación!

**FIN,**



00